

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

do en el comer, beber y dormir, y nada regalado en cosa alguna. Muy amigo de la oración y contemplación, en lo cual gastaba mucho tiempo. Fue muchas veces y muchos años prelado y vicario de los conventos y pueblos más principales de esta nación mexicana, defensor y vicario provincial muchas veces, y con haberlos aprovechado mucho en lo espiritual y temporal, él fue siempre muy pobre, de tal manera, que con vivir en las Indias y en los principales pueblos de ellas, no tenía, fuera de sus libros ordinarios, cosa de consideración. Últimamente siendo ya muy viejo le envió la obediencia con otros grandes siervos de Dios, por fundador del convento de recolección, que esta provincia fundó como dijimos con todo el rigor de nuestra constitución, en un pequeño pueblo de indios o arrabal de México, que está un cuarto de legua del llamado Ahuehuetlan y el convento de la Piedad y Atlixuca, para que con tan buen fundamento y excelente pilar de cristiandad y religión creciese mucho el edificio de aquella nueva planta y convento, del cual fue él el primer prior y vicario de aquel pueblo. Siempre fue muy sano, y así por maravilla tuvo enfermedad de consideración, sino fue el estar quebrado, que algunas veces le daba pena, y para remedio de ella traía siempre un braguero de hierro.

Cap. 7

Estando en su convento de la Piedad sano y bueno, dijo a sus compañeros que se quería ir a morir a México, y así tomó su capa y sombrero y se fue a pie, y lo mismo dijo cuando llegó al convento de Santo Domingo al prior y religiosos de él. Luego se fue a la enfermería y se dispuso para ello. Y habiendo recibido todos los santos sacramentos, dio su bendita alma a Dios con la mayor suavidad del mundo, al tercero día que llegó, que fue por abril o mayo del año de Cristo 1597, y fue sepultado en el capítulo del mismo convento, en la sepultura cuarta del segundo orden de sepulturas, habiendo 61 años que era fraile y en edad de más de 80. Fue de algo menos que mediana estatura, pequeña cabeza, el rostro proporcionado a ella y algo calvo.

1597

## CAPÍTULO 15

### DE LOS BENDITOS FRAY JUAN DE PAZ RELIGIOSO LEGO Y DOCTOR PEDRO LÓPEZ MÉDICO, SU GRANDE AMIGO

El bendito fray Juan de Paz, religioso lego de la orden de Santo Domingo, fue natural de la villa de Fuente Ovejuna en Extremadura, hijo de padres labradores y honrados, y sobrino de otros dos grandes religiosos de la misma orden, que fueron los venerables y benditos

padres fray Domingo de la Anunciación y fray Hernando de Paz, su hermano, de los cuales hace mucha mención el arzobispo de Santo Domingo en su historia de esta Provincia de México. Tomó el bendito fray Juan el hábito del coro en este convento de Santo Domingo de México el año de Cristo 1551, siendo de edad de 30 años, poco más o menos, el cual dejó por humildad a pocos meses de su noviciado y 1551 tomó el de lego, con el cual profesó el siguiente 1552, a los nueve de noviembre, y fue su maestro de novicios el venerable y bendito padre fray Cristóbal de la Cruz, varón santísimo, de quien el mismo arzobispo de Santo Domingo hace también mucha mención. Dende que tomó el hábito dio muestras de las raras virtudes en que después floreció mucho. Procuró luego amoldarse a las costumbres y vida de la orden y en especial de la que se practica en esta provincia, que se plantó con santos y con costumbres muy religiosas, santas y discretas, y muy conformes al rigor y observancia de nuestras sagradas constituciones, admitiendo todo lo que era rigor, poco o nada de lo que no era santo y parece regalo, y dejando mucho de lo lícito y común a toda la orden, como es decir siempre los maitines a media noche, sin admitir la dispensación que la Constitución concede para los días calurosos del verano; tomar disciplina todas las noches después de los maitines, excepto las fiestas solemnes; no traer zapatos sino alpargatas de cordeles; no beber vino, ni comer carne ni vestir lienzo sino en enfermedad conocida; el vestido ordinario de jerga grosera y baladí y otras cosas de esta manera, que el hacer lo contrario de muchas de ellas es lícito a todos en todo tiempo, y de otras se puede usar lícitamente sin pecado y sin necesidad tan precisa. Todo lo que entonces vio practicar y deprendió de estas cosas el bendito fray Juan, lo guardó puntualísimamente toda la vida. Y así en 46 años que fue fraile, siempre vistió lana y nunca lienzo, nunca calzó zapatos sino aquellas alpargatas, aun con haberlas dejado toda la provincia por no hacerse ya ni hallarlas a comprar; nunca faltó de maitines, a los cuales estaba siempre en pie, y cada noche después de ellos tomaba una muy recia disciplina con tanta fuerza, que era muy conocida entre todos; y así se desangraba mucho, de lo cual daban testimonio sus hábitos.

Costumbres  
de la Prov. de Méx.

Luego que tomó el hábito le aplicó la obediencia a servir, curar y regalar a los enfermos; y en 40 años que fue enfermero con guisar cada día carne para los enfermos, nunca él la comió con andarla también muchas veces. Guardó puntualísimamente los ayunos de la Iglesia y de la orden, que los unos y los otros son siete meses en el año continuos, conviene a saber: dende 14 de setiembre hasta la Pascua de Resurrección, sin las vigalias y viernes de todo el año y otros

días particulares que la orden señala para esto; y en todo el demás tiempo, nunca comía fuera del refectorio ni de la hora ordinaria en casa ni fuera de ella. Dejaba siempre alguna parte de la comida; y a lo que comía, si venía bien sazonado, le echaba cosas contrarias para quitarle el punto del buen sabor, como era agua fría, etcétera, y siendo reprendido de esto por los compañeros que tenía a los lados, decía que lo hacía por estar muy caliente, etcétera. Trujo mucho tiempo hasta que murió, en lugar de silicio, un rallo de hoja de lata junto a las carnes. Siempre durmió vestido y en una tabla sin otra ropa alguna, y por almohada o cabecera tenía un madero, hecha en él una concavidad a donde encajaba la cabeza. Ninguna noche dormía de ordinario más que cuatro horas, y así era muy dado a la oración y contemplación, en la cual ocupaba la mayor parte del tiempo que sus ocupaciones le daban lugar; y tenía en ella particular sentimiento de lágrimas. Con los cuales ejercicios y penitencias, y con una enfermedad que trujo mucho tiempo de almorranas, andaba siempre flaco, cansado y descolorido. Y notando esto el prior, mandóle una vez por obediencia que comiese carne y bebiese vino por espacio de seis meses, y él lo hizo así aunque contra su voluntad. Pero no por eso cobró mejor disposición y color, y así se volvió a su penitencia ordinaria. En lo demás era hombre muy bien dispuesto, alto, de más que de mediana estatura, el rostro hermoso, barba y cabello todo cano y sin calva, de maravillosa proporción en todos sus miembros y de grandes fuerzas. Fue muy mortificado, callado, prudente, muy medido en sus palabras y castísimo sobre manera, en tanto grado, que nunca se le conoció liviandad ni se le oyó palabra descompuesta. Era amigo de leer en libros devotos y provechosos para el alma; de los cuales sacaba los puntos y consideraciones que hacían a su propósito, y con otras suyas las escribía con estilo propio y modo particular en un cuaderno que después vino a mi poder y le tengo. En los treinta años últimos de su edad confesaba y comulgaba cada día con licencia que para ello tenía del papa. Era hombre de muy buen sentimiento, amigo de lo bueno y de los buenos, enemigo de lo que no era tal y muy celoso de la honra de Dios y del bien común; y así avisaba con caridad y muy buen modo al que tenía necesidad de corrección, por lo cual fue siempre muy amado, tenido y respetado de los buenos. Entre los cuales le quiso y estimó mucho el padre fray Domingo de Arzola, visitador de la misma provincia, a quien por sus virtudes se dio después el obispado de Jalisco, en la Nueva Galicia, y por haberse consagrado en Italia adonde los obispos aunque seas frailes usen el traer mucetas sobre los hábitos, así la traía el buen obispo cuando llegó a esta ciudad y convento para ir a su obispado. Era a la sazón portero el ben-

dito fray Juan, y él y el obispo se recibieron con mucho amor; pero como fray Juan le vio sin capilla y con muceta, preguntóle qué hábito era aquél. El obispo le respondió que era el que traían los obispos frailes en Italia. Y fray Juan le dijo que ya no estaba en Italia sino en las Indias; y que los obispos frailes de ellas aunque podían usar de mucetas como los italianos, no lo hacían, sino de las capillas ordinarias que eran parte de su hábito y el complemento de él, para que siempre se pudiese verificar en ellos que traían enteramente el de sus religiones, y el obispo fue tan humilde, que luego se quitó la muceta y volvió a usar la capilla de su hábito. Era el bendito fray Juan hombre severo; pero con todo eso se mostraba afable con todos los que querían tratarle cuanto la severidad y entereza de su modestia y composición lo permitía. Y en particular trató con mucha familiaridad a su maestro de novicios el santo fray Cristóbal de la Cruz, al cual, por haber estado muchos años enfermo de lepra, sirvió y curó con grandísimo amor y caridad, lamiendo algunas veces sus llagas como si fuera un preciosísimo electuario. Y así trató también con la misma familiaridad a su tío el santo fray Domingo de la Anunciación y otros varones santos de su edad y tiempo que vivían en esta provincia.

Tres días después que murió el santo fray Domingo su tío, dijo con mucha certidumbre a fray Pedro de Valmaseda, grande amigo suyo, que el difunto se había ido derecho al cielo, y sin falta tuvo revelación de ello. Y así se presume la tuvo también de otras muchas cosas de esta vida y de la otra, pero por su grande humildad, poco hablar y recato con que vivía, lo callaba todo. Dio su alma a Dios habiendo recibido todos los santos sacramentos el año de Cristo 1597, a los 17 de agosto, por la mañana, andando en los 76 de su edad poco más o menos, de los cuales vivió los 46 en la orden y 7 los últimos muy enfermo, de la manera que habemos dicho, aunque no por eso dejó sus ejercicios santos del coro, penitencia, oración y contemplación. Fue sepultado en el capítulo del mismo convento de Santo Domingo de México, en la sepultura cuarta del tercero orden de las sepulturas, comenzando a contarlas del altar y de la parte derecha del que es la del evangelio. Y sus obsequias y entierro fue todo muy glorioso, porque le enterró y hizo el oficio de ellas el reverendísimo fray Miguel de Benavides, obispo de la Cagayán, que después fue arzobispo de Manila, varón muy santo y su grande amigo, a las cuales acudió también otra mucha gente noble de la ciudad sin ser llamada.

Entre los amigos muy familiares que tuvo el bendito fray Juan de Paz, fue uno el doctor Pedro López, médico y varón santísimo, que curó a este convento por espacio de 40 años sin estipendio alguno; de cuyas grandes virtudes se pudieran escribir libros enteros. Este ben-

dito doctor fundó los hospitales de San Lázaro<sup>115</sup> y de los Desamparados<sup>116</sup> de esta ciudad, con limosnas que para ello pidió entre los vecinos y con su propia hacienda, a cuyos pobres y a los otros de la ciudad curó siempre gratis, y a los más necesitados cuando los visitaba dejaba dineros debajo de las almohadas para lo que habían menester. Era muy espiritual, confesaba y comulgaba cada día, al cual serví yo algunas veces en estos ministerios y le hallé siempre como un ángel. Tenía hecho concierto con el bendito fray Juan (según después pareció por el suceso de las cosas) que el que primero muriese rogase a Dios llevase también presto al otro, y así fue que el buen doctor estaba muy indispuerto cuando murió fray Juan, y preguntaba muy a menudo si era muerto, y sus hijos no se lo querían manifestar por no darle pena. Al fin lo supo algunos días después, y les dijo que ya era tiempo que él se fuese también, que le diesen todos los sacramentos (los cuales recibió con grande devoción), que aderezasen lo necesario para la sepultura y le enterrasen junto a su amigo fray Juan. Y él mandó luego poner la fecha a muchas cartas que tenía escritas y firmadas que se despachasen a todos los conventos de esta ciudad de México y a los comarcanos (en todos los cuales curaba él, hacía otras buenas obras y tenía muchos amigos), significándoles cómo moriría el siguiente y pidiéndoles encarecidamente le encomendasen a Dios. Y así fue que él dio su bendita alma a Dios la mañana del día siguiente, que fue el del glorioso apóstol san Bartolomé, 24 de agosto del mismo año, siete días después que el bendito fray Juan, y fue sepultado junto a él en la sepultura tercera y en el hábito de la orden, del cual fue siempre muy devoto. Era natural de la villa de Dueñas en Castilla, y murió de edad de casi setenta años.

## CAPÍTULO 16

### DEL BENDITO PADRE FRAY HERNANDO DE LA MAGDALENA

El bendito fray Hernando de la Magdalena fue portugués de nación, nació en la insigne ciudad de Lisboa y pasó con sus padres a

<sup>115</sup> El hospital de San Lázaro se fundó para atender a los leprosos de la ciudad. No se conoce la fecha en que abrió sus puertas. Se tienen noticias de que en 1528 ya funcionaba. En ese año Nuño de Guzmán lo destruyó. Posteriormente, Pedro López lo refundó con su propia fortuna. Con las debidas licencias, el hospital comenzó a atender enfermos en 1572. Josefina Muriel de la Torre, *op. cit.*, v. 1, p. 249-250.

<sup>116</sup> Fundado por Pedro López en 1582, con licencias del arzobispo Pedro Moya de Contreras y del virrey conde de la Coruña, para atender a negros, mulatos y mestizos. Su primer nombre era Hospital de la Epifanía. *Ibidem*, p. 259-261.